

Esto lo cambia todo

Naomi Klein

Esto lo cambia todo

El capitalismo contra el clima

Traducción de Albino Santos Mosquera

 PAIDÓS
Barcelona • Buenos Aires • México

Título original: *This changes everything*, de Naomi Klein
Publicado originalmente en inglés por Simon and Schuster

Traducción de Albino Santos Mosquera

Diseño original de cubierta de Simon & Schuster
Adaptación de la cubierta del Departamento de Arte y Diseño,
Área Editorial del Grupo Planeta

1ª edición, marzo 2015

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© 2014 by Klein Lewis Productions Ltd.
© 2015 de la traducción, Albino Santos Mosquera
© 2015 de todas las ediciones en castellano,
Espasa Libros, S. L. U.,
Avda. Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona, España
Paidós es un sello editorial de Espasa Libros, S. L. U.
www.paidos.com
www.espacioculturalyacademico.com
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-493-3102-2
Fotocomposición: Anglofort, S. A.
Depósito legal: B-2.471-2015
Impresión y encuadernación: Black Print C.P.I

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico

Impreso en España – *Printed in Spain*

INTRODUCCIÓN

De uno u otro modo, todo cambia

La mayoría de las proyecciones sobre el cambio climático presuponen que los cambios futuros —las emisiones de gases de efecto invernadero, los incrementos de las temperaturas y otros efectos como el aumento del nivel del mar— se producirán de forma gradual. Una determinada cantidad de emisiones se traducirá en una cantidad dada de subida de la temperatura que conducirá a su vez a una cierta cantidad de suave aumento gradual del nivel del mar. Sin embargo, el registro geológico referido al clima muestra momentos en los que una modificación relativamente pequeña de un elemento climático provocó alteraciones bruscas en el sistema en su conjunto. Dicho de otro modo, impulsar las temperaturas mundiales hasta más allá de determinados umbrales podría desencadenar cambios abruptos, impredecibles y potencialmente irreversibles que tendrían consecuencias enormemente perturbadoras y a gran escala. Llegados a ese punto, incluso aunque no vertiéramos CO₂ adicional alguno a la atmósfera, se pondrían en marcha procesos imparables. Para hacernos una idea de ello, imaginemos una avería repentina de los frenos y de la dirección del vehículo climático a raíz de la cual ya no pudiéramos controlar el problema ni sus consecuencias.

Informe de la ASOCIACIÓN ESTADOUNIDENSE
PARA EL AVANCE DE LA CIENCIA, la mayor sociedad
científica general del mundo, 2014¹

Me encanta el olor de esas emisiones.

SARAH PALIN, 2011²

Sonó una voz por el intercomunicador: «¿Serían tan amables los pasajeros del vuelo 3935, que tenía previsto despegar de Washington (D.C.) con destino a Charleston (Carolina del Sur), de recoger su equipaje de mano y bajar del avión?».

Los ocupantes del aparato bajaron por la escalinata y se agruparon so-

bre el asfalto caliente de la pista. Entonces vieron algo ciertamente insólito: las ruedas de la aeronave de US Airways se habían hundido en el pavimento como si este fuera cemento húmedo. En realidad, las ruedas se habían incrustado tan profundamente que el camión que acudió al lugar para remolcar la nave no pudo despegarlas del suelo. La compañía esperaba que, sin el peso añadido de los treinta y cinco viajeros de aquel vuelo, el aparato fuera suficientemente ligero para dejarse arrastrar. No fue así. Alguien publicó una foto en internet: «¿Por qué cancelaron mi vuelo? Porque en el Distrito de Columbia hace tantísimo calor que nuestro avión se hundió diez centímetros en el asfalto».³

Finalmente, se trajo un vehículo más grande y potente que —esta vez sí— consiguió remolcar el aparato; el avión despegó por fin, aunque con tres horas de retraso sobre el horario previsto. Un portavoz de la aerolínea culpó del incidente a las «muy poco habituales temperaturas».⁴

Las temperaturas del verano de 2012 fueron inusualmente elevadas sin duda. (También lo habían sido el año anterior y lo continuaron siendo el siguiente.) Y la razón de que eso sucediera no es ningún misterio; se debe al derrochador consumo de combustibles fósiles, justamente aquello que US Airways se había propuesto que su avión hiciera a pesar del inconveniente planteado por el asfalto fundido. Semejante ironía —el hecho de que el consumo de combustibles fósiles esté cambiando de manera tan radical nuestro clima que incluso esté obstaculizando nuestra capacidad para consumir más combustibles fósiles— no impidió que los pasajeros del vuelo 3935 reembarcaran y prosiguieran sus respectivos viajes. Tampoco se mencionó el cambio climático en ninguna de las principales crónicas y referencias informativas sobre aquel incidente.

No soy yo quién para juzgar a aquellos pasajeros. Todos los que llevamos estilos de vida caracterizados por un consumo elevado, vivamos donde vivamos, somos —metafóricamente hablando— pasajeros de ese vuelo 3935. Enfrentada a una crisis que amenaza nuestra supervivencia como especie, toda nuestra cultura continúa haciendo justamente aquello que causó la crisis, incluso poniendo un poco más de empeño en ello, si cabe. Como la compañía aérea que trajo un camión con un motor más potente para remolcar aquel avión, la economía mundial está elevando su ya de por sí arriesgada apuesta y está pasando de las fuentes convencionales de combustibles fósiles a versiones aún más sucias y peligrosas de las mismas: betún de las arenas bituminosas de Alberta, petróleo extraído mediante la perforación de aguas oceánicas profundas, gas obtenido por fracturación hidráulica (o *fracking*), carbón arrancado a base de detonar montañas, etcétera.

Mientras tanto, cada nuevo desastre natural «sobrealimentado» por toda esta dinámica genera toda una serie de instantáneas que recalcan la ironía de un clima que es cada vez más inhóspito incluso para las mismas industrias que más responsables han sido de su calentamiento. Así se vio, por ejemplo, durante las históricas inundaciones de 2013 en Calgary, que provocaron un apagón en las oficinas centrales de las compañías petroleras que explotan las arenas bituminosas de Alberta y que las obligaron a enviar a sus empleados a sus casas, mientras un tren que transportaba derivados del petróleo inflamables estaba suspendido a duras penas sobre las vías de un puente ferroviario que se desmoronaba por momentos; o durante la sequía que afectó al río Misisipí un año antes, la cual hizo disminuir los niveles del agua hasta tal punto que las barcas cargadas de petróleo y carbón que por él transitan habitualmente quedaron varadas durante días, a la espera de que el Cuerpo de Ingenieros del Ejército dragara un canal de paso (hubo incluso que destinar a ello fondos presupuestados para la reconstrucción de los destrozos causados por las históricas inundaciones del año anterior en la zona ribereña de aquella misma vía fluvial); o durante el cierre temporal de varias centrales eléctricas alimentadas con carbón en otras partes del país debido a que los ríos y canales de los que dependían para refrescar su maquinaria estaban demasiado calientes o demasiado secos (o, en algunos casos, ambas cosas).

Convivir con esta especie de disonancia cognitiva es simplemente una parte más del hecho de que nos haya tocado vivir este discordante momento de la historia, en el que una crisis que tanto nos hemos esforzado por ignorar nos está golpeando en plena cara y, aun así, optamos por doblar nuestra apuesta precisamente por aquellas cosas que son la causa misma de la crisis.

Yo misma negué el cambio climático durante más tiempo del que me gustaría admitir. Sabía que estaba pasando, claro. No iba por ahí defendiendo como Donald Trump y los miembros del Tea Party que la sola continuación de la existencia del invierno es prueba suficiente de que la teoría es una patraña. Pero no tenía más que una idea muy aproximada y poco detallada, y apenas leía en diagonal la mayoría de las noticias al respecto, sobre todo, las que más miedo daban. Me decía a mí misma que los argumentos científicos eran demasiado complejos y que los ecologistas ya se estaban encargando de todo. Y continuaba comportándome como si no hubiera nada malo en el hecho de que llevara en mi cartera una reluciente tarjeta que certificaba mi condición de miembro de la «élite» del club de los viajeros aéreos habituales.

Muchos de nosotros practicamos esta especie de negación del cambio

climático. Nos fijamos por un instante y luego miramos para otro lado. O miramos, pero enseguida convertimos lo que vemos en un chiste («¡venga ya, más señales del Apocalipsis!»), lo que no deja de ser otro modo de mirar para otro lado.

O miramos, pero nos consolamos con argumentos reconfortantes sobre lo inteligentes que somos los seres humanos y sobre cómo se nos ocurrirá pronto algún milagro tecnológico que succionará sin peligro alguno todo el carbono de los cielos, o que atenuará el calor del sol como por arte de magia. Y eso, como bien descubrí en las investigaciones realizadas para este libro, es también otra forma de mirar para otro lado.

O miramos, pero intentamos aplicar entonces una lógica hiperrracional: «Dólar por dólar, es más eficiente centrarse en el desarrollo económico que en el cambio climático, ya que la riqueza es la mejor protección frente a los fenómenos meteorológicos extremos». Como si el disponer de unos cuantos dólares adicionales fuera a servirnos de algo cuando nuestra ciudad esté sumergida bajo el agua. Y esa es otra manera de mirar para otro lado, sobre todo, si quien piensa así es un diseñador o la persona que toma las decisiones sobre las políticas medioambientales.

O miramos, pero nos decimos a nosotros mismos que bastante ajeteo tenemos ya como para preocuparnos por algo tan distante y abstracto, aun cuando veamos correr el agua por las vías subterráneas del metro de Nueva York o a gente atrapada en los tejados de sus casas en Nueva Orleans, y seamos conscientes de que nadie está seguro (y de que las personas socioeconómicamente más vulnerables son las que menos seguras están de todas). Y por muy comprensible que sea esta reacción, se trata igualmente de un modo de mirar para otro lado.

O miramos, pero nos justificamos diciéndonos que no podemos hacer nada más que centrarnos en nosotros mismos. Decidimos entonces meditar, comprar directamente de los agricultores o dejar de conducir, pero nos olvidamos de intentar cambiar realmente los sistemas que están haciendo que la crisis sea inevitable. Y no los intentamos cambiar porque nos decimos que eso sería acumular demasiada «energía negativa» y jamás funcionaría. Y aunque, en un primer momento, podría parecer que sí estamos mirando, porque muchos de esos cambios en nuestro estilo de vida forman parte de hecho de la solución, lo cierto es que seguimos teniendo uno de los dos ojos bien cerrado.

O quizá miramos —miramos de verdad—, pero luego es como si inevitablemente nos olvidáramos. Nos acordamos y nos volvemos a olvidar de nuevo. El cambio climático es así: es difícil pensar en él durante mucho tiempo. Practicamos esta forma de amnesia ecológica intermitente por

motivos perfectamente racionales. Lo negamos porque tememos que, si dejamos que nos invada la plena y cruda realidad de esta crisis, todo cambiará. Y no andamos desencaminados.⁵

Sabemos que, si seguimos la tendencia actual de dejar que las emisiones crezcan año tras año, el cambio climático lo transformará todo en nuestro mundo. Grandes ciudades terminarán muy probablemente ahogadas bajo el agua, culturas antiguas serán tragadas por el mar y existe una probabilidad muy alta de que nuestros hijos e hijas pasen gran parte de sus vidas huyendo y tratando de recuperarse de violentos temporales y de sequías extremas. Y no tenemos que mover ni un dedo para que ese futuro se haga realidad. Basta con que no cambiemos nada y, simplemente, sigamos haciendo lo que ya hacemos ahora, confiados en que alguien dará con el remedio tecnológico que nos saque del atolladero, dedicados a cuidar de nuestros jardines, o lamentándonos de que estamos demasiado ocupados con nuestros propios asuntos como para abordar el problema.

Lo único que tenemos que hacer es *no* reaccionar como si esta fuera una crisis en toda la extensión de la palabra. Lo único que tenemos que hacer es seguir negando lo asustados que realmente estamos. Y de ese modo, pasito a pasito, habremos llegado al lugar que más tememos, aquel del que hemos tratado de apartar nuestra vista. Sin necesidad de esfuerzo adicional alguno.

Hay formas de evitar este desalentador futuro o, cuando menos, de hacerlo mucho menos aciago. El problema es que todas ellas implican también cambiarlo todo. Para nosotros, grandes consumidores, implican cambiar cómo vivimos y cómo funcionan nuestras economías, e incluso cambiar las historias que contamos para justificar nuestro lugar en la Tierra. La buena noticia es que muchos de esos cambios no tienen nada de catastróficos. Todo lo contrario: buena parte de ellos son simplemente emocionantes. Pero a mí me llevó mucho tiempo descubrirlo.

Recuerdo el momento exacto en el que dejé de mirar hacia otro lado en la realidad del cambio climático, o, al menos, la primera vez que permití que mi mirada se demorara en ella. Fue en Ginebra, en abril de 2009, en un encuentro con la embajadora de Bolivia ante la Organización Mundial del Comercio (OMC), que entonces era una mujer sorprendentemente joven llamada Angélica Navarro Llanos. Dado que Bolivia es un país pobre con un presupuesto reducido para sus relaciones internacionales, Navarro Llanos acababa de añadir las cuestiones relacionadas con el clima a las responsabilidades de las que ya se encargaba en materia de comercio. En un almuerzo en un restaurante de comida china vacío, me explicó (ayudándose de los palillos para trazar una gráfica de la trayectoria de las

emisiones globales) que ella veía en el cambio climático una terrible amenaza para su pueblo, pero también una oportunidad.

Una amenaza, por las razones ya evidentes: Bolivia depende extraordinariamente de los glaciares para obtener el agua que usa para beber y regar, y las blancas cimas de los cerros que descuellan sobre el perfil de su capital están adquiriendo muy rápidamente una tonalidad predominantemente grisácea y marrón. La oportunidad, según la propia Navarro Llanos, pasa por que, dado que países como el suyo no habían contribuido prácticamente en nada a lo largo de la historia a que se disparasen los niveles de emisiones en el mundo, sean hoy considerados «acreedores climáticos» a los que, como tales, los grandes emisores deban dinero y apoyo tecnológico como pago por los elevados costes que les supone ahora afrontar nuevos desastres relacionados con el clima y como ayuda para que puedan desarrollar una vía energética verde de evolución económica.

Hacia poco que Navarro Llanos había pronunciado un discurso ante una conferencia de las Naciones Unidas sobre el clima en el que había expuesto argumentos a favor de esa clase de transferencias de riqueza y me dio una copia del mismo: «Millones de personas —en las islas pequeñas, los países menos adelantados, países sin litoral, así como en las comunidades vulnerables de Brasil, la India y China, y en todo el mundo— están sufriendo los efectos de un problema al que no contribuyeron. [...] Si queremos frenar las emisiones en la próxima década, necesitamos una movilización masiva más grande que cualquiera en la historia. Necesitamos un Plan Marshall para la Tierra. Este plan debe movilizar recursos financieros y transferencia de tecnología a escala nunca antes vista. Se debe obtener la tecnología en el suelo de cada país para asegurarnos de reducir las emisiones y, al mismo tiempo, mejorar la calidad de vida del pueblo. Solo tenemos una década».⁶

Un Plan Marshall para la Tierra sería algo muy costoso sin duda: centenares de miles de millones (si no billones) de dólares (Navarro Llanos se mostró reacia a aventurar una cifra). Y bien podría pensarse que semejante coste bastaría para descartarlo ya de inicio, sobre todo por aquel entonces, pues, a fin de cuentas, estamos hablando del año 2009, momento de pleno apogeo de la crisis financiera mundial. Pero la lógica implacable de la austeridad —consistente en hacer pagar a la ciudadanía la factura dejada por los bancos mediante despidos en el sector público, cierres de escuelas y otras medidas parecidas— no se había impuesto aún como norma general. Así que, en lugar de restar verosimilitud a las ideas de Navarro Llanos, en aquel momento la crisis las hacía más plausibles.

Todos acabábamos de ver cómo las autoridades habían sacado y reu-

nido billones de dólares hasta de debajo de las piedras en el momento en que nuestras élites decidieron declarar una crisis. Si dejábamos que los bancos quebraran sin más, se nos decía, el resto de la economía se desmoronaría con ellos. Era una cuestión de supervivencia colectiva, así que había que encontrar todo ese dinero. Y se encontró. Durante ese proceso, sin embargo, se pusieron de manifiesto algunas de las ficciones (bastante sustanciales) que laten en el corazón mismo de nuestro sistema económico. Todos los reparos anteriores saltaron por la borda: ¿que se necesita más dinero?, ¡pues a imprimirlo! Unos años antes, los Gobiernos nacionales habían adoptado un enfoque parecido con sus finanzas públicas tras los atentados terroristas del 11 de septiembre. En muchos países occidentales, a la hora de construir un Estado de seguridad/vigilancia en suelo nacional y de librar guerras en el extranjero, los presupuestos no parecieron un obstáculo digno de consideración.

El cambio climático, sin embargo, no ha sido nunca tratado como una crisis por nuestros dirigentes, aun a pesar de que encierre el riesgo de destruir vidas a una escala inmensamente mayor que los derrumbes de bancos y rascacielos. Los recortes en nuestras emisiones de gases de efecto invernadero que los científicos consideran necesarios para reducir sensiblemente el riesgo de catástrofe son tratados como poco más que sutiles sugerencias, medidas que pueden aplazarse por tiempo más o menos indefinido. Es evidente que el hecho de que algo reciba la consideración oficial de crisis depende tanto del poder y de las prioridades de quienes detentan ese poder como de los hechos y los datos empíricos. Pero nosotros no tenemos por qué limitarnos a ser simples espectadores de todo esto: los políticos no son los únicos que tienen el poder de declarar una crisis. Los movimientos de masas de gente corriente también pueden hacerlo.

La esclavitud no fue una crisis para las élites británicas y norteamericanas hasta que el abolicionismo hizo que lo fuera. La discriminación racial no fue una crisis hasta que el movimiento de defensa de los derechos civiles hizo que lo fuera. La discriminación por sexo no fue una crisis hasta que el feminismo hizo que lo fuera. El *apartheid* no fue una crisis hasta que el movimiento anti-*apartheid* hizo que lo fuera.

De igual modo, si un número suficiente de todos nosotros dejamos de mirar para otro lado y decidimos que el cambio climático sea una crisis merecedora de niveles de respuesta equivalentes a los del Plan Marshall, entonces no hay duda de que lo será y de que la clase política tendrá que responder, tanto dedicando recursos a solucionarla como reinterprelando las reglas del libre mercado que tan flexiblemente sabe aplicar cuando

son los intereses de las élites los que están en peligro. De vez en cuando, advertimos destellos de ese potencial cuando una crisis concreta sitúa el cambio climático en el primer plano de nuestra atención durante un tiempo. «El dinero carece de importancia alguna en esta operación de auxilio de emergencia. Sea cual sea la cantidad de dinero que se necesite, no se escatimarán gastos», declaró el primer ministro británico David Cameron (don Austeridad en persona) cuando amplias zonas de su país quedaron anegadas por las aguas en las históricas inundaciones de febrero de 2014 y la ciudadanía se quejaba indignada de que su Gobierno no estaba ayudando lo suficiente.⁷

Al escuchar de boca de Navarro Llanos la perspectiva de Bolivia, comencé a entender que el cambio climático (tratado como una emergencia planetaria real, análoga a la de ese súbito aumento del nivel de las aguas durante unas inundaciones) podía convertirse en una fuerza galvanizadora para la humanidad: algo que nos impulsaría no solo hacia una situación de mayor seguridad frente a los nuevos fenómenos meteorológicos extremos, sino también hacia unas sociedades más seguras y más justas en otros muchos sentidos. Los recursos que se necesitan para que abandonemos en breve el consumo de combustibles fósiles y nos preparemos para las duras condiciones meteorológicas que se nos vienen encima podrían sacar de la pobreza a amplios sectores de la población y proporcionar servicios que hoy se echan tristemente a faltar: desde agua potable hasta electricidad. Se trata de concebir un futuro que trascienda el objetivo de la mera supervivencia o de la mera resistencia frente al cambio climático; no basta con que lo «mitiguemos» o con que nos «adaptemos» a él, por emplear el adusto lenguaje de las Naciones Unidas. Es una concepción del futuro que nos invita a que utilicemos colectivamente la crisis para dar un salto hacia una situación que, con toda sinceridad debo decir, parece mejor que esta otra en la que nos encontramos en estos momentos.

Tras aquella conversación, me di cuenta de que ya no temía sumergirme en la realidad científica de la amenaza climática. Dejé de evitar la lectura de artículos y estudios científicos y empecé a leer todo lo que pude encontrar sobre el tema. También cesé de derivar el problema hacia los ecologistas, de decirme a mí misma que eso era cosa (o labor) de otras personas. Y a raíz de diversas conversaciones con otros participantes en el creciente movimiento por la justicia climática, comencé a apreciar múltiples vías por las que el cambio climático podía devenir en una fuerza catalizadora de una transformación positiva; de hecho, podía devenir en el mejor argumento que los progresistas jamás hayan tenido para reivindicar la reconstrucción y la reactivación de las economías locales, para recupe-

rar nuestras democracias de las garras de la corrosiva influencia de las grandes empresas, para bloquear nuevos (y perjudiciales) acuerdos de libre comercio y reformular los ya existentes, para invertir en infraestructuras públicas como el transporte colectivo y la vivienda asequible (a las que se dedican recursos muy escasos en la actualidad), para recobrar la propiedad de servicios esenciales como la electricidad y el agua, para reformar nuestro enfermo sistema agrícola y hacer que sea mucho más sano, para abrir las fronteras a la migración de personas cuyo desplazamiento geográfico está vinculado a las repercusiones climáticas, para que se respeten por fin los derechos de los indígenas sobre sus tierras... Todo esto ayudaría a poner fin a los hoy grotescos niveles de desigualdad existentes dentro de nuestras naciones y entre ellas.

Y empecé a ver señales —nuevas coaliciones y nuevos argumentos— que daban a entender que, si se conseguía que todas estas diversas conexiones y nexos fueran mejor conocidas por un número más amplio de personas, la emergencia misma del cambio climático podría constituir la base de un poderoso movimiento de masas, un movimiento que entrelazaría todos estos problemas en apariencia dispares tejiendo con ellos un relato coherente sobre cómo proteger a la humanidad de los estragos de un sistema económico salvajemente injusto y de un sistema climático desestabilizado. He escrito este libro porque llegué a la conclusión de que la llamada «acción climática» podía proporcionar precisamente ese raro factor catalizador.

UN *SHOCK* DE ORIGEN POPULAR

Pero también lo he escrito porque el cambio climático puede ser el catalizador de toda una serie de muy distintas y mucho menos deseables formas de transformación social, política y económica.

He pasado los últimos quince años inmersa en el estudio de sociedades sometidas a *shocks* o conmociones extremas, provocadas por debacles económicas, desastres naturales, atentados terroristas y guerras. Y he analizado a fondo cómo cambian las sociedades en esos periodos de tremenda tensión, cómo esos sucesos modifican (a veces, para bien, pero, sobre todo, para mal) el sentido colectivo de lo que es posible. Tal como comenté en mi anterior libro, *La doctrina del shock*, durante las últimas cuatro décadas, los grupos de interés afines a la gran empresa privada han explotado sistemáticamente estas diversas formas de crisis para imponer políticas que enriquecen a una reducida élite: suprimiendo regulaciones, recor-

tando el gasto social y forzando privatizaciones a gran escala del sector público. También han servido de excusa para campañas extremas de limitación de los derechos civiles y para escalofriantes violaciones de los derechos humanos.

Y no faltan indicios que nos induzcan a pensar que el cambio climático no sería una excepción en lo relativo a esa clase de dinámicas; es decir, que en vez de para incentivar soluciones motivadoras que tengan probabilidades reales de impedir un calentamiento catastrófico y de protegernos de desastres que, de otro modo, serán inevitables, la crisis será aprovechada una vez más para transferir más recursos si cabe a ese 1 % de privilegiados. Las fases iniciales de ese proceso son ya visibles. Bosques comunales de todo el mundo están siendo convertidos en reservas y viveros forestales privatizados para que sus propietarios puedan recaudar lo que se conoce como «créditos de carbono», un lucrativo tejemaneje al que me referiré más adelante. Hay también un mercado en auge de «futuros climáticos» que permite que empresas y bancos apuesten su dinero a los cambios en las condiciones meteorológicas como si los desastres letales fuesen un juego en una mesa de *crap* de Las Vegas (entre 2005 y 2006, el volumen del mercado de derivados climáticos se disparó multiplicándose por cinco: de un valor total de 9.700 millones a 45.200 millones de dólares). Las compañías de reaseguros internacionales están recaudando miles de millones de dólares en beneficios, procedentes en parte de la venta de nuevos tipos de planes de protección a países en vías de desarrollo que apenas han contribuido a crear la crisis climática actual, pero cuyas infraestructuras son sumamente vulnerables a los efectos de la misma.⁸

Y, en un arrebatado de sinceridad, el gigante de la industria armamentística Raytheon explicó que «es probable que crezcan las oportunidades de negocio de resultas de la modificación del comportamiento y las necesidades de los consumidores en respuesta al cambio climático». Entre tales oportunidades se incluye no solo una mayor demanda de los servicios privatizados de respuesta a los desastres que ofrece la compañía, sino también «la demanda de sus productos y servicios militares ante la posibilidad de que aumente la preocupación por la seguridad a consecuencia de las sequías, las inundaciones y los temporales debidos al cambio climático».⁹ Merece la pena que recordemos esto siempre que nos asalten las dudas en torno a la emergencia real de esta crisis: las milicias privadas ya se están movilizand.

Sequías e inundaciones dan pie a toda clase de oportunidades de negocio, además de a una demanda creciente de hombres armados. Entre 2008 y 2010, se registraron al menos 261 patentes relacionadas con el cul-

tivo de variedades agrícolas «preparadas para el clima»: semillas supuestamente capaces de resistir condiciones meteorológicas extremas. De esas patentes, cerca del 80 % estaban controladas por tan solo seis gigantes de la agricultura industrial, Monsanto y Syngenta entre ellos. Mientras tanto, el huracán (o «supertormenta») Sandy ha dejado tras de sí una lluvia de millones de dólares para los promotores inmobiliarios de Nueva Jersey en concepto de subvenciones para la construcción de viviendas en zonas ligeramente dañadas por su paso, pero ha dejado tras de sí lo que continúa siendo una pesadilla para los residentes en viviendas públicas gravemente afectadas por ese episodio meteorológico, en una reedición bastante aproximada de lo sucedido en Nueva Orleans tras el paso del huracán Katrina.¹⁰

Nada de esto nos viene de nuevo. La búsqueda de vías ingeniosas y originales de privatización de bienes comunales y de rentabilización de los desastres es algo para lo que nuestro sistema actual está hecho mejor que para ninguna otra cosa; cuando se le deja actuar sin traba alguna, no es capaz de nada más. La doctrina del *shock*, sin embargo, no es la única forma que las sociedades tienen de reaccionar ante las crisis. Todos hemos sido testigos de ello recientemente, cuando el colapso financiero que se inició en Wall Street en 2008 dejó sentir sus efectos en todo el mundo. Un súbito aumento de los precios de los alimentos contribuyó a generar las condiciones que propiciaron la Primavera Árabe. Las políticas de austeridad han inspirado movimientos ciudadanos de masas en lugares como Grecia, España, Chile, Estados Unidos o Quebec. Muchos de nosotros estamos aprendiendo bastante bien a hacer frente a quienes desean sacar partido de las crisis para saquear el sector público. De todos modos, todas estas protestas y manifestaciones han mostrado asimismo que no basta simplemente con decir «no». Si los movimientos de oposición quieren ser algo más que estrellas fugaces que se consumen cual fogonazos en el cielo nocturno, tendrán que propugnar un proyecto bastante integral de lo que debería implantarse en lugar de nuestro deteriorado sistema, así como estrategias políticas serias para alcanzar esos objetivos.

Hubo un tiempo en que los progresistas sabían cómo hacerlo. Hay toda una rica historia de resonantes victorias populares para la justicia económica en momentos de crisis a gran escala. Entre tales conquistas se incluyen, de manera especialmente destacada, las políticas del New Deal impulsadas tras el crac bursátil de 1929 y el nacimiento de innumerables programas sociales tras la Segunda Guerra Mundial. Esas políticas tenían tal apoyo del electorado que, para convertirlas en ley, no fueron precisas las artimañas autoritarias que documenté en *La doctrina del shock*. Lo que sí resultó imprescindible fue construir movimientos de masas robustos,

capaces de hacer frente a quienes defendían un statu quo caduco y capaces también de reivindicar un reparto del pastel económico significativamente más justo para todo el mundo. Pese al asedio del que son objeto actualmente, algunos de los legados que aún perduran de aquellos momentos históricos excepcionales son los seguros de sanidad pública vigentes en muchos países, las pensiones de jubilación, las viviendas de protección oficial subvencionadas y el patrocinio público de las artes.

Estoy convencida de que el cambio climático representa una oportunidad histórica de una escala todavía mayor. En el marco de un proyecto dirigido a reducir nuestras emisiones a los niveles recomendados por muchos científicos, tendríamos una vez más la posibilidad de promover políticas que mejoren espectacularmente la vida de las personas, que estrechen el hueco que separa a ricos de pobres, que generen un número extraordinario de buenos empleos y que den un nuevo ímpetu a la democracia desde la base hasta la cima. Lejos de consistir en la expresión máxima perfeccionada de la doctrina del *shock* (una fiebre de nuevas apropiaciones indebidas de recursos y de medidas represoras), la sacudida que provoque el cambio climático puede ser un «*shock* del pueblo», una conmoción desde abajo. Puede dispersar el poder entre los muchos, en vez de consolidarlo entre los pocos, y puede expandir radicalmente los activos comunales, en lugar de subastarlos a pedazos. Y si los expertos del *shock* derechista explotan las emergencias (ya sean estas reales o fabricadas) para imponer políticas que nos vuelvan más propensos aún a las crisis, las transformaciones a las que me referiré en estas páginas harían justamente lo contrario: abordarían la raíz misma de por qué nos estamos enfrentando a todas estas crisis en serie, para empezar, y nos dejarían un clima más habitable que aquel hacia el que nos encaminamos y una economía mucho más justa que aquella en la que nos movemos ahora mismo.

Pero ninguna de esas transformaciones será posible (pues nunca nos convenceremos de que el cambio climático puede, a su vez, cambiarnos) si antes no dejamos de mirar para otro lado.

«Llevan negociando desde que nací.» Eso dijo la estudiante universitaria Anjali Appadurai mirando desde el estrado a los negociadores de los Gobiernos nacionales reunidos en la conferencia de las Naciones Unidas sobre el clima de 2011, celebrada en Durban (Sudáfrica). Y no exageraba. Hace más de dos décadas que los Gobiernos del mundo hablan en torno a cómo evitar el cambio climático. Comenzaron a negociar precisamente el mismo año en que nació Anjali (que, en 2011, tenía 21 años). Y a pe-

sar de ello, como ella bien señaló en su memorable discurso ante el pleno de la convención, pronunciado en representación de todas las organizaciones juveniles no gubernamentales allí presentes, «en todo este tiempo, [esos negociadores] han incumplido compromisos, se han quedado lejos de los sucesivos objetivos fijados y han quebrantado promesas».¹¹

En realidad, el organismo intergubernamental que tiene encomendada la misión de prevenir que se alcancen en el mundo niveles «peligrosos» de cambio climático no solo no ha realizado progresos durante sus más de veinte años de trabajo (y más de noventa reuniones negociadoras oficiales desde que se adoptó el acuerdo para su creación), sino que ha presidido un proceso de recaída casi ininterrumpida. Nuestros Gobiernos malgastaron años maquillando cifras y peleándose por posibles fechas de inicio, pidiendo una y otra vez prórrogas o ampliación de plazos como los estudiantes que piden que les dejen entregar un poco más tarde el trabajo que aún no han terminado.

El catastrófico resultado de tanto ofuscamiento y procrastinación es hoy innegable. Los datos preliminares muestran que, en 2013, las emisiones globales de dióxido de carbono fueron un 61 % más altas que en 1990, cuando comenzaron de verdad las negociaciones para la firma de un tratado sobre el clima. John Reilly, economista del Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT), lo ha resumido a la perfección: «Cuanto más hablamos de la necesidad de controlar las emisiones, más crecen estas». En el fondo, lo único que aumenta más rápidamente que nuestras emisiones es la producción de palabras de quienes prometen reducirlas. Entretanto, la cumbre anual de las Naciones Unidas sobre el clima, que continúa siendo la mayor esperanza de conseguir un avance político en el terreno de la acción climática, ya no parece tanto un foro de negociación seria como una muy costosa (en dinero y en emisiones carbónicas) sesión de terapia de grupo: un lugar para que los representantes de los países más vulnerables del mundo aireen sus agravios y su indignación, mientras los representantes (de perfil más bien bajo) de las naciones principalmente responsables de la tragedia de aquellos apenas si se atreven a mirarlos a la cara.¹²

Ese ha sido el ambiente reinante desde el fracaso de la tan cacareada Cumbre de las Naciones Unidas sobre el Clima de 2009 en Copenhague. La última noche de aquel enorme encuentro, yo estaba con un grupo de activistas pro justicia climática, entre ellos, uno de los más destacados participantes y organizadores de ese movimiento en Gran Bretaña. Durante toda la cumbre, este joven había sido la viva imagen de la confianza y la compostura; había informado a docenas de periodistas cada día sobre lo que había sucedido en cada ronda de negociaciones y sobre lo que los di-

versos objetivos de emisiones que se estaban discutiendo significaban en el mundo real. Pese a las dificultades, su optimismo acerca de las posibilidades de aquel gran encuentro no había flaqueado ni por un instante. Pero en cuanto las sesiones terminaron con el penoso resultado ya conocido, su moral se derrumbó allí mismo, ante nosotros. Sentado a la mesa de un restaurante italiano adornado con una iluminación excesiva, empezó a sollozar sin control. «Había creído de verdad que Obama lo entendía», no cesaba de repetir.

Con el tiempo, he llegado a la conclusión de que, aquella noche, el movimiento climático alcanzó su verdadera mayoría de edad: fue el momento en que finalmente se convenció de que nadie iba a acudir a salvarnos. La psicoanalista (y especialista en el tema del clima) Sally Weintrobe ha caracterizado ese hecho como el «legado fundamental»; esto es, la constatación profunda y dolorosa de que nuestros «dirigentes no cuidan de nosotros [...], no se preocupan por nosotros ni siquiera en lo relativo a nuestra misma supervivencia».¹³ Por muchas veces que nos hayan decepcionado los fallos y defectos de nuestros políticos, una constatación como esa no deja de ser un golpe muy duro. Es así, estamos solos, y cualquier fuente de esperanza creíble tendrá que venir desde abajo.

En Copenhague, los Gobiernos de los países más contaminantes —Estados Unidos y China entre ellos— firmaron un acuerdo no vinculante por el que se comprometían a impedir que las temperaturas aumentaran más de 2 °C (3,6 °F) por encima del nivel en el que se encontraban antes de que empezáramos a propulsar nuestras economías con la energía del carbón. Ese conocido objetivo, que supuestamente representa el límite «seguro» del cambio climático, ha sido siempre una elección netamente política que tiene más que ver con minimizar los trastornos económicos en el sistema actual que con proteger al mayor número posible de personas. Cuando el objetivo de los 2 °C se hizo oficial en Copenhague, muchos delegados plantearon vehementes objeciones al mismo diciendo que semejante nivel de calentamiento equivalía a una «sentencia de muerte» para algunos Estados isleños cuya orografía apenas se alza sobre el nivel del mar, además de para partes extensas del África subsahariana. De hecho, se trata de un objetivo muy arriesgado para todos nosotros. Hasta la fecha, las temperaturas se han incrementado solamente 0,8 °C y ya hemos empezado a experimentar numerosos y alarmantes efectos, entre los que se incluyen el derretimiento sin precedentes de la capa de hielo continental de Groenlandia en el verano de 2012 y una acidificación de los océanos mucho más rápida de lo previsto. Dejar que las temperaturas se calienten en más del doble de esa cifra tendrá incuestionablemente consecuencias peligrosas.¹⁴

En un informe de 2012, el Banco Mundial expuso la arriesgada apuesta que suponía ese objetivo. «A medida que el calentamiento global se aproxima y supera los 2 °C, se corre el riesgo de provocar puntos de inflexión no lineales. Los ejemplos incluyen la desintegración de la capa de hielo de la Antártida occidental, que conlleva una elevación más rápida del nivel de los océanos, o la muerte gradual a gran escala de los bosques en la Amazonia, que afecta drásticamente a ecosistemas, ríos, agricultura, producción de energía, y medios de subsistencia. Esto se sumaría además al calentamiento global del siglo XXI y afectaría a continentes enteros.»¹⁵ O lo que es igual: desde el mismo momento en que las temperaturas suban más allá de un determinado punto, ya no tendremos control alguno sobre dónde se detenga finalmente el mercurio de los termómetros.

Pero el mayor problema —y la razón por la que Copenhague fue motivo de tanta desesperanza— estriba en que, puesto que los Gobiernos nacionales no acordaron ningún objetivo vinculante, tienen toda la libertad del mundo para, básicamente, hacer caso omiso de sus compromisos. Y eso precisamente es lo que está sucediendo. De hecho, las emisiones están aumentando a tal ritmo que, a menos que algo cambie radicalmente en nuestra estructura, incluso el objetivo de los 2 °C se nos antoja actualmente un sueño utópico. Y no son solo los ecologistas quienes están haciendo sonar la alarma. El Banco Mundial también advirtió en el informe antes mencionado de que «avanzamos hacia un incremento de 4 °C de la temperatura del planeta [antes de que termine el siglo], lo cual provocará olas de calor extremo, disminución de las existencias de alimentos a nivel mundial, pérdida de ecosistemas y biodiversidad, y una elevación potencialmente mortal del nivel de los océanos». Y alertaba de que «no hay, además, seguridad alguna de que sea posible la adaptación a un mundo 4 °C más cálido». Kevin Anderson, antiguo director (y actual subdirector) del Centro Tyndall para la Investigación del Cambio Climático, que se ha afianzado en poco tiempo como una de las principales instituciones británicas dedicadas al estudio del clima, es más contundente todavía; según él, un calentamiento de 4 °C (7,2 °F) es «incompatible con cualquier posible caracterización razonable de lo que actualmente entendemos por una comunidad mundial organizada, equitativa y civilizada».¹⁶

No sabemos a ciencia cierta cómo sería un mundo 4 °C más cálido, pero incluso en el mejor de los casos imaginables, se trataría muy probablemente de un escenario calamitoso. Un calentamiento de 4 °C podría significar una elevación del nivel global de la superficie oceánica de uno o, incluso, dos metros de aquí al año 2100 (y, de rebote, garantizaría unos cuantos metros adicionales como mínimo para los siglos siguientes). Eso

sumergiría bajo las aguas unas cuantas naciones isleñas, como Maldivas y Tuvalu, e inundaría numerosas zonas costeras de no pocos países, desde Ecuador y Brasil hasta los Países Bajos, incluyendo buena parte de California y del Estados Unidos nororiental, así como enormes franjas de terreno del sur y el sureste de Asia. Algunas de las grandes ciudades que correrían un riesgo serio de inundación serían Boston, Nueva York, el área metropolitana de Los Ángeles, Vancouver, Londres, Bombay, Hong Kong o Shanghái.¹⁷

Al mismo tiempo, las brutales olas de calor que pueden matar a decenas de miles de personas (incluso en los países ricos) terminarían convirtiéndose en incidentes veraniegos comunes y corrientes en todos los continentes a excepción de la Antártida. El calor haría también que se produjeran pérdidas espectaculares en las cosechas de cultivos básicos para la alimentación mundial (existe la posibilidad de que la producción de trigo indio y maíz estadounidense se desplomara hasta en un 60 %), justo en un momento en el que se dispararía su demanda debido al crecimiento de la población y al aumento de la demanda de carne. Y como los cultivos se enfrentarían no solo al estrés térmico, sino también a incidentes extremos como sequías, inundaciones o brotes de plagas de gran alcance, las pérdidas bien podrían terminar siendo más graves de lo predicho por los modelos. Si añadimos a tan funesta mezcla huracanes ruinosos, incendios descontrolados, pesquerías diezmadas, interrupciones generalizadas del suministro de agua, extinciones y enfermedades viajeras, cuesta ciertamente imaginar qué quedaría sobre lo que sustentar una sociedad pacífica y ordenada (suponiendo que tal cosa haya existido nunca).¹⁸

Tampoco hay que olvidar que estos son los escenarios de futuro optimistas: aquellos en los que el calentamiento se estabiliza más o menos en torno a una subida de 4 °C y no alcanza puntos de inflexión más allá de los cuales podría desencadenarse un ascenso térmico descontrolado. Basándonos en los modelos más recientes, cada vez es menos hipotético afirmar que esos 4 °C adicionales podrían provocar una serie de espirales de retroalimentación sumamente peligrosas: un Ártico que estaría normalmente deshelado en septiembre, por ejemplo, o, según un estudio reciente, una vegetación que habría alcanzado niveles de saturación excesivos para funcionar como un «sumidero» fiable, pues acabaría emitiendo más carbono que el que almacena por otro lado. A partir de ese momento, renunciaríamos a prácticamente cualquier esperanza de predecir los efectos. Y ese proceso puede dar comienzo antes de lo previsto. En mayo de 2014, un grupo de científicos de la NASA y la Universidad de California en Irvine revelaron que el derretimiento de los glaciares en un sector de la

Antártida occidental equivalente aproximadamente a la superficie de toda Francia «parece ya imparable». Esto probablemente significa una condena definitiva para la capa de hielo continental de esa región antártica, cuya desaparición, según el autor principal del estudio, Eric Rignot, «comportará un aumento del nivel del mar de entre tres y cinco metros. Semejante fenómeno provocará el desplazamiento de millones de personas en todo el mundo». De todos modos, dicha desintegración podría prolongarse a lo largo de varios siglos, por lo que estamos aún a tiempo de reducir las emisiones y, con ello, ralentizar el proceso y evitar la peor parte del mismo.¹⁹

Mucho más aterrador es el hecho de que un nutrido grupo de analistas situados dentro de la línea científica dominante hoy en día opinen que la trayectoria de emisiones que estamos siguiendo actualmente nos dirige hacia un ascenso de la temperatura media mundial superior a esos 4 °C. En 2011, la (por lo general) sobria Agencia Internacional de la Energía (AIE) publicó un informe con una serie de proyecciones que venían a indicar que nos encaminamos en realidad hacia un calentamiento global de unos 6 °C (10,8 °F). Y según las palabras del propio economista en jefe de la AIE, «cualquier persona, incluso un alumno de primaria, sabe que esto tendrá implicaciones catastróficas para todos nosotros». (Los indicios señalan que un calentamiento de 6 °C hará probablemente que superemos varios puntos de inflexión en diversos procesos: no solo en aquellos de mayor lentitud, como el ya mencionado derretimiento de la capa de hielo de la Antártida occidental, sino muy posiblemente también en otros más bruscos, como las emisiones masivas de metano a la atmósfera procedentes del permafrost ártico.) El gigante de la contabilidad PricewaterhouseCoopers ha publicado asimismo un informe en el que advierte a las empresas de que vamos directos hacia un calentamiento de «4 o incluso 6 °C».²⁰

Estas diversas proyecciones representan para nosotros una muy urgente señal de alerta. Es como si todas las alarmas de nuestra casa estuvieran disparándose a la vez en este mismo instante, y que, seguidamente, lo hicieran todas las alarmas de nuestra calle (primero una, inmediatamente después otra, justo a continuación otra más, y así sucesivamente). Lo que vienen a significar, sencillamente, es que el cambio climático se ha convertido en una crisis existencial para la especie humana. El único precedente histórico de una situación tan amplia y profundamente crítica se vivió durante la Guerra Fría: me refiero al miedo (entonces muy extendido) a un holocausto nuclear que volviera inhabitable gran parte del planeta. Pero esa era (y continúa siendo, no lo olvidemos) una amenaza, una pequeña

posibilidad en caso de una espiral descontrolada en la geopolítica internacional. No había entonces una inmensa mayoría de los científicos nucleares (como sí la hay desde hace años entre los climatólogos) que nos avisaran de que íbamos camino de poner en peligro nuestra civilización entera si seguíamos comportándonos en nuestra vida cotidiana del modo acostumbrado, haciendo exactamente lo que ya hacíamos.

En 2010, la climatóloga de la Universidad Estatal de Ohio, Lonnie G. Thompson, renombrada especialista mundial en el derretimiento de los glaciares, explicó que «los climatólogos, como otros científicos, tendemos a conformar un colectivo bastante imperturbable. No somos dados a sermones o peroratas sobreactuadas sobre el fin del mundo. La mayoría nos encontramos mucho más cómodos en nuestros laboratorios o recogiendo datos sobre el terreno que concediendo entrevistas a los periodistas o hablando ante comisiones del Congreso. ¿Por qué, entonces, nos estamos manifestando tan públicamente a propósito de los peligros del calentamiento global? La respuesta es que casi todos los científicos y científicas del clima estamos ya convencidos de que el calentamiento global representa un peligro inminente para la civilización».²¹

No se puede hablar con mayor claridad. Y, sin embargo, lejos de reaccionar alarmada y de hacer todo lo que esté en su mano por variar el rumbo, gran parte de la humanidad mantiene muy conscientemente la misma ruta que ya venía siguiendo. Aunque, eso sí, como los pasajeros del vuelo 3935, ayudada por un motor más potente y sucio.

¿Qué diablos nos pasa?

EN MUY MAL MOMENTO

Son muchas las respuestas que se han dado a esa pregunta: que si resulta extremadamente difícil conseguir que todos los Estados del mundo se pongan de acuerdo en algo, que si no existen en realidad soluciones tecnológicas viables, que si hay algo muy arraigado en nuestra naturaleza humana que nos impide actuar para hacer frente a unas amenazas aparentemente remotas, o que sí (como se ha aducido más recientemente) el mal ya está hecho y no tiene sentido siquiera intentar otra cosa que no sea contemplar el paisaje mientras nos hundimos.

Algunas de esas explicaciones son válidas, pero todas son inadecuadas en último término. Tomemos, por ejemplo, la tesis de que cuesta mucho que tantos países coincidan en una vía de actuación. Sí, cuesta. Pero, en el pasado, han sido muchas las ocasiones en que la ONU ha ayudado a que

diversos Gobiernos nacionales se reunieran para abordar problemas que trascendían el ámbito de sus fronteras territoriales: desde la disminución del ozono en la atmósfera hasta la proliferación nuclear. Los acuerdos resultantes no fueron perfectos, pero representaron progresos reales. Además, durante esos mismos años en que nuestros Gobiernos no lograron implantar una arquitectura legal estricta y vinculante que obligara a todos a cumplir con unos objetivos de reducción de emisiones —supuestamente porque la cooperación era demasiado compleja en ese terreno—, bien fueron capaces de crear la Organización Mundial del Comercio, un intrincado sistema global que regula el flujo de bienes y servicios por todo el planeta, y que impone unas normas claras y unas penalizaciones severas para quienes las infrinjan.

No más convincente es el argumento de que lo que nos ha demorado en la búsqueda de una solución ha sido la falta de soluciones tecnológicas. El aprovechamiento de la energía procedente de fuentes renovables como el viento y el agua es muy anterior en la historia al uso de combustibles fósiles. Además, las «renovables» son cada vez más baratas, eficientes y fáciles de almacenar. En las últimas dos décadas se ha producido una verdadera explosión de ingenio en el diseño de mecanismos de residuo cero y en el urbanismo verde. No solo disponemos de las herramientas técnicas para desengancharnos de los combustibles fósiles, sino que tampoco faltan los pequeños enclaves o áreas geográficas donde esos estilos de vida bajos en carbono han sido probados con enorme éxito. Y, aun así, esa transición a gran escala que nos brindaría la oportunidad colectiva de evitar la catástrofe sigue siéndonos esquiva.

¿Es simplemente la naturaleza humana la que nos frena, entonces? Lo cierto es que los seres humanos nos hemos mostrado dispuestos muchas veces a sacrificarnos colectivamente para enfrentarnos a mil y una amenazas, como bien recordarán quienes vivieron entre cartillas de racionamiento, «huertos de la victoria» y «bonos de la victoria» durante la Primera Guerra Mundial y la Segunda Guerra Mundial. En realidad, para contribuir a la conservación de combustible durante la segunda de esas contiendas, la conducción de automóviles por placer quedó prácticamente abolida en el Reino Unido, y entre 1938 y 1944, el uso del transporte público aumentó en casi un 87 % en Estados Unidos y en un 95 % en Canadá. Veinte millones de hogares estadounidenses —que representaban tres quintas partes de la población nacional— cultivaban huertos de la victoria en 1943, cuya producción supuso un 42 % de las verduras y hortalizas frescas consumidas ese año en el país. Curiosamente, todas esas actividades sumadas ayudan sustancialmente a reducir las emisiones carbónicas.²²

Es verdad que la amenaza de la guerra parecía entonces inmediata y concreta, pero igualmente lo es hoy la amenaza planteada por la crisis climática, que muy probablemente haya contribuido ya a producir diversos desastres de considerables proporciones en algunas de las grandes ciudades del mundo. ¿Tanto nos hemos ablandado desde aquellos tiempos de sacrificio bélico? Los humanos contemporáneos somos unos seres demasiado centrados en nosotros mismos, demasiado adictos a la gratificación como para renunciar a la más mínima libertad de satisfacer hasta nuestro último capricho... o eso es lo que nuestra cultura nos dice día sí y día también. Y, sin embargo, la verdad es que seguimos realizando sacrificios colectivos en nombre de un abstracto bien superior todo el tiempo. Sacrificamos nuestras pensiones, nuestros derechos laborales que tanto costó conquistar, nuestros programas de apoyo al arte o de actividades extracurriculares. Enviamos a nuestros hijos a que aprendan en aulas cada vez más atestadas, bajo la guía de unos docentes cada vez más exigidos y hostigados. Aceptamos que tengamos que pagar muchísimo más por las destructivas fuentes energéticas que alimentan nuestros transportes y nuestras vidas. Aceptamos que las tarifas de los autobuses y del metro suban y suban mientras el servicio que nos ofrecen no mejora o, incluso, se deteriora. Aceptamos que una educación universitaria pública se salde para el estudiante con una deuda que tardará media vida en pagar cuando eso era algo inaudito apenas una generación atrás. En Canadá, donde yo vivo, estamos incluso empezando a aceptar que nuestro correo postal no llegue ya a nuestros domicilios.

En los últimos treinta años hemos vivido un proceso de progresiva reducción de las prestaciones proporcionadas desde el sector público. Todo esto se ha defendido en nombre de la austeridad, la justificación estrella en la actualidad para todos esos requerimientos de sacrificio colectivo. Otras palabras y expresiones tomadas igualmente de la vida cotidiana han cumplido una finalidad similar en otros momentos de nuestra historia contemporánea: equilibrio presupuestario, aumento de la eficiencia, fomento del crecimiento económico.

Tengo la impresión de que si las personas somos capaces de sacrificar tantos servicios y ventajas colectivas en aras de la estabilización de un sistema económico que encarece y precariza hasta extremos insospechados la vida cotidiana, seguro que somos capaces también de realizar importantes cambios en nuestro estilo de vida a fin de estabilizar los sistemas físicos de los que depende la vida misma. Sobre todo, porque muchas de las modificaciones que es necesario introducir para reducir drásticamente las emisiones mejorarían materialmente también la calidad de vida de la

mayoría de las personas del planeta: desde los niños de Pekín, que podrían jugar fuera de sus casas sin tener que llevar puestas las habituales mascarillas anticontaminación, hasta las muchas personas que podrían trabajar en los millones de empleos de buena calidad que se crearían en sectores de energías limpias. No parece que falten los incentivos a corto y medio plazo para que hagamos lo correcto para nuestro clima.

Andamos muy justos de tiempo, desde luego. Pero podríamos comprometernos, desde mañana mismo, a recortar radicalmente nuestras emisiones procedentes de la extracción y el consumo de combustibles fósiles, y a iniciar la transición hacia fuentes de energía de carbono cero, basadas en tecnologías de aprovechamiento renovable; una transición que, si así nos decidiéramos a ello, sería ya un hecho en un plazo no superior a una década. Disponemos de las herramientas para llevar a cabo algo así. Y si lo hiciéramos, se elevarían los mares y se desatarían temporales extremos, sí, pero tendríamos mayores probabilidades de evitar un calentamiento verdaderamente catastrófico. De hecho, naciones enteras podrían salvarse de la crecida de las olas. Como bien dice Pablo Solón, exembajador de Bolivia ante las Naciones Unidas, «si yo quemara tu casa, lo menos que podría hacer es acogerte en la mía [...], y si es ahora mismo cuando la estoy quemando, mi obligación es intentar parar el fuego en este momento».²³

El problema es que no estamos deteniendo el incendio. En realidad, le estamos arrojando gasolina encima. Tras un atípico descenso en 2009, debido a la crisis financiera, las emisiones globales se dispararon de nuevo un 5,9 % en 2010: el mayor incremento en términos absolutos desde la Revolución Industrial.²⁴

Así que no puedo dejar de preguntarme: ¿qué diablos nos pasa? ¿Qué es lo que realmente nos impide apagar el fuego que amenaza con arrasar nuestra casa colectiva?

En mi opinión, la respuesta a esa pregunta es mucho más simple de lo que nos han hecho creer. No hemos hecho las cosas necesarias para reducir las emisiones porque todas esas cosas entran en un conflicto de base con el capitalismo desregulado, la ideología imperante durante todo el periodo en el que hemos estado esforzándonos por hallar una salida a esta crisis. Estamos atascados porque las acciones que nos ofrecerían las mejores posibilidades de eludir la catástrofe —y que beneficiarían a la inmensa mayoría de la población humana— son sumamente amenazadoras para una élite minoritaria que mantiene un particular dominio sobre nuestra economía, nuestro proceso político y la mayoría de nuestros principales medios de comunicación. Ese podría no haber sido un problema insupe-

rable de por sí si se nos hubiera planteado en algún otro momento de nuestra historia. Pero, para gran desgracia colectiva nuestra, la comunidad científica efectuó y presentó su diagnóstico decisivo de la amenaza climática en el momento preciso en que esa élite estaba disfrutando de un poder político, cultural e intelectual más ilimitado que nunca desde la década de 1920. De hecho, los Gobiernos nacionales y los científicos empezaron a hablar en serio de posibles recortes radicales de la emisiones de gases de efecto invernadero en 1988, justamente el año que marcó el albor de lo que se daría en llamar «globalización», a raíz de la firma del acuerdo que representaba la inauguración de la mayor relación comercial bilateral del mundo, entre Canadá y Estados Unidos, y que luego se ampliaría hasta convertirse en el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (el TLCAN o NAFTA) con la incorporación de México.²⁵

Cuando los historiadores echen la vista atrás al último cuarto de siglo de negociaciones internacionales, dos serán los procesos definitivos de esta época que destacarán muy especialmente. Por un lado, estará el proceso relacionado con el clima: procediendo dificultoso, a saltos, fracasando por completo en la consecución de sus objetivos. Y, por otro, estará el proceso de globalización de los intereses del gran capital privado, avanzando vertiginoso de victoria en victoria: a ese primer acuerdo comercial, seguirían la creación de la Organización Mundial del Comercio, la privatización masiva de las antiguas economías soviéticas, la transformación de amplias regiones de Asia en zonas de libre comercio en expansión y el «ajuste estructural» de África. Ha habido algún que otro contratiempo y revés en el proceso, ciertamente (por ejemplo, el provocado por la presión popular que hizo que se encallaran temporalmente las rondas negociadoras y los acuerdos de libre comercio). Pero los que nunca han dejado de triunfar en todo este tiempo han sido los fundamentos ideológicos del proyecto en su conjunto, que en ningún momento ha tenido como meta última el comercio transfronterizo de bienes (la venta de vino francés en Brasil, por ejemplo, o de *software* estadounidense en China), sino el aprovechamiento de esos acuerdos de alcance general (y de otra serie de instrumentos) para blindar un marco de políticas globales que otorgue la máxima libertad posible a las grandes empresas multinacionales para producir sus bienes al menor coste y para venderlos con las mínimas regulaciones, pagando así el mínimo de impuestos posibles. Cumplimentando esa lista de deseos de las grandes empresas, nos decían, impulsaríamos el crecimiento económico, el cual terminaría por redundar (como si de un goteo por filtro se tratase) en el resto de las personas. Lo cierto es que los acuerdos comerciales solo importaban para quienes los impulsaban en la

medida en que representaban y articulaban sin rodeos esa otra serie de prioridades del gran capital transnacional.

Los tres pilares de las políticas de esta nueva era son bien conocidos por todos nosotros: la privatización del sector público, la desregulación del sector privado y la reducción de la presión fiscal a las empresas, sufragada con recortes en el gasto estatal. Mucho se ha escrito sobre los costes reales de tales políticas: la inestabilidad de los mercados financieros, los excesos de los superricos y la desesperación de los pobres, cada vez más prescindibles para el sistema, así como el deterioro de las infraestructuras y los servicios públicos. Muy poco se ha dicho, sin embargo, de cómo el fundamentalismo del mercado ha saboteado sistemáticamente desde el primer momento nuestra respuesta colectiva al cambio climático, una amenaza que empezó a llamar a nuestra puerta justo cuando esa otra ideología alcanzaba su cenit.

Y lo ha saboteado, fundamentalmente, porque el dominio sobre la vida pública en general que la lógica del mercado conquistó en ese periodo hizo que las respuestas más directas y obvias para abordar el problema del clima parecieran heréticas desde el punto de vista político imperante. Por ejemplo, ¿cómo iban nuestras sociedades a invertir en servicios e infraestructuras públicas de carbono cero precisamente cuando el ámbito de lo público estaba siendo sistemáticamente desmantelado y subastado al mejor postor? ¿Cómo podían los Gobiernos regular, gravar y penalizar con la mayor contundencia a las compañías de combustibles fósiles cuando toda esa clase de medidas estaban siendo descalificadas públicamente por ser consideradas unos meros vestigios de la «economía de planificación centralizada» del comunismo más rancio? ¿Y cómo podía recibir el sector de las energías renovables los apoyos y las protecciones que necesitaba para que estas reemplazaran a los combustibles fósiles cuando el «proteccionismo» se había convertido en poco menos que una grosería malsonante?

Un movimiento climático de otra clase habría tratado de cuestionar la ideología extrema que bloqueaba tantas acciones sensatas como se necesitaban en ese momento, y se habría sumado a otros sectores para mostrar la grave amenaza que el poder de las grandes empresas suponía para la habitabilidad del planeta. Pero, en vez de eso, buena parte de la movilización contra el cambio climático perdió unas décadas preciosas tratando de cuadrar el círculo de la crisis del clima para que encajara en el molde que le marcaba el capitalismo desregulado, buscando una y otra vez vías que permitieran que el mercado mismo resolviera el problema. (Yo misma tardé años desde que inicié el proyecto de escribir este libro en descubrir

hasta qué punto eran profundas las raíces de la colusión entre los grandes contaminadores y las grandes organizaciones ecologistas —las que conforman el llamado Big Green— que abogan por esas vías.)

Pero el bloqueo de una acción contundente de respuesta al problema climático no fue el único modo en que el fundamentalismo del mercado contribuyó a ahondar la crisis durante ese periodo. De manera más directa aún, las políticas que tan eficazmente habían liberado a las grandes empresas multinacionales de prácticamente toda traba a su actuación también coadyuvaron a exacerbar la causa subyacente del calentamiento global, es decir, el aumento de las emisiones de gases de efecto invernadero. Las cifras impactan. En la década de 1990, cuando el proyecto de integración internacional de mercados estaba en pleno auge, las emisiones globales crecieron a un ritmo de un 1 % anual; entrados ya en el nuevo milenio, con «mercados emergentes» como el de China plenamente integrados en la economía mundial, el crecimiento de las emisiones se disparó hasta niveles catastróficos y el ritmo de aumento anual alcanzó el 3,4 % durante buena parte de la primera década del siglo XXI. Esas tasas de rápido incremento han continuado manteniéndose hasta nuestros días, interrumpidas solo brevemente en 2009 por la crisis financiera mundial.²⁶

Así mirado, cuesta apreciar cómo la situación podría haber avanzado de otro modo. Las dos grandes señas de identidad de esta era han sido la exportación masiva de productos a larguísimas distancias (quemando carbono sin piedad para ello) y la importación en todos los rincones del mundo de un modelo de producción, consumo y agricultura singularmente despilfarrador, basado igualmente en el consumo manirroto de combustibles fósiles. Por decirlo de otro modo, la liberación de los mercados mundiales, un proceso alimentado mediante la liberación de cantidades sin precedentes de combustibles fósiles arrebatados a la Tierra, ha acelerado espectacularmente el mismo proceso que, por así decirlo, está liberando a su vez al hielo ártico de la «prisión» de su anterior estado sólido.

Como consecuencia de ello, nos hallamos actualmente en una posición muy difícil y sutilmente irónica. Por culpa de todas esas décadas de emisiones a ultranza en el preciso momento en que se suponía que más debíamos rebajarlas, las cosas que debemos hacer ahora para evitar un calentamiento catastrófico no solamente entran en conflicto con la particular vena de capitalismo desregulado que triunfó en la década de 1980, sino que se contradicen también con el imperativo fundamental que subyace a la base misma de nuestro modelo económico: crecer o morir.

Cuando ya se ha emitido carbono a la atmósfera, este se queda ahí durante centenares de años, puede que incluso más tiempo, impidiendo que

se marche el calor. Los efectos son acumulativos y se van agravando con el tiempo. Y según especialistas en emisiones como Kevin Anderson (del Centro Tyndall) hemos dejado que se acumulara tanto carbono en la atmósfera a lo largo de las dos últimas décadas que la única esperanza que nos queda ahora de mantener el calentamiento por debajo de ese objetivo internacionalmente acordado de los 2 °C adicionales reside en que los países ricos recorten sus emisiones en torno a un 8-10 % anual.²⁷ Esa es una misión sencillamente imposible para el mercado «libre». De hecho, ese nivel de disminución de las emisiones solo se ha producido en el contexto de algún colapso económico o de depresiones muy profundas.

Ahondaré en esas cifras en el capítulo 2, pero lo importante aquí es el mensaje esencial que nos transmiten: nuestros sistemas económico y planetario están actualmente en guerra. O, para ser más precisos, nuestra economía está en guerra con múltiples formas de vida sobre la Tierra, incluida la humana. Lo que el clima necesita para evitar la debacle es una contracción en el consumo de recursos por parte de la humanidad; lo que nuestro modelo económico exige, sin embargo, es eludir esa debacle por medio de una expansión sin cortapisas. Solo uno de esos dos conjuntos opuestos de reglas puede cambiarse y, desde luego, no es el de las leyes de la naturaleza.

Por suerte, sí podemos transformar nuestra economía para que sea menos intensiva en recursos, y podemos hacerlo a través de vías equitativas, protegiendo a los más vulnerables y haciendo que los más responsables soporten el grueso del coste de la transformación. Podemos potenciar la expansión y la creación de empleo en los sectores «bajos en carbono» de nuestras economías, y podemos fomentar la contracción de aquellos otros sectores que son «altos en carbono». El problema que se nos presenta, no obstante, es que esta escala de planificación y gestión económica está completamente fuera de los límites de la ideología reinante hoy en día. La única contracción que nuestro sistema actual es capaz de asumir es la de un crac brutal, una situación en la que los más vulnerables serían quienes más sufrirían.

Así que la que tenemos ante nosotros es una dura elección: permitir que las alteraciones del clima lo cambien todo en nuestro mundo o modificar la práctica totalidad de nuestra economía para conjurar ese escenario. Pero hay que ser muy claros al respecto: por culpa de todas esas décadas de negación colectiva transcurridas, ya no nos queda ninguna opción gradual o gradualista viable. La de los suaves pellizcos al statu quo dejó de ser una opción válida para afrontar el problema del clima desde el momento en que multiplicamos el tamaño del Sueño Americano allá por la

década de 1990 y, acto seguido, procedimos a convertirlo en una motivación a escala global. Y ya no son solamente los radicales los que ven la necesidad de un cambio radical. En 2012, veintiún antiguos ganadores del prestigioso Premio Blue Planet (entre los que se incluían personalidades como James Hansen, exdirector del Instituto Goddard de Estudios Espaciales de la NASA, y Gro Harlem Brundtland, ex primera ministra de Noruega) redactaron un informe trascendental. En él, se afirmaba que «ante una emergencia absolutamente sin precedentes, la sociedad no tiene más remedio que emprender medidas drásticas para evitar un desmoronamiento de la civilización. O cambiamos nuestros modos de hacer y construimos una sociedad global de cuño absolutamente nuevo, o vendrá algo peor que nos los hará cambiar por la fuerza».²⁸

Admitir esta realidad ha sido misión ciertamente difícil para muchas personas situadas en puestos importantes, pues las ha obligado a cuestionar algo que tal vez sea más poderoso incluso que el capitalismo mismo, como es el atractivo fetichista del centrismo, o lo que es lo mismo, de la razonabilidad, de la seriedad, del encuentro a medio camino entre las posturas diferenciadas y, en general, del no entusiasmarse demasiado por nada. Ese es, en el fondo, el hábito de pensamiento que verdaderamente impera en nuestra era, mucho más aún entre los progresistas tibios de centro-izquierda que se interesan por los temas de la política climática que entre los conservadores, muchos de los cuales se limitan simplemente a negar la existencia de la crisis. El cambio climático plantea un reto muy profundo para ese centrismo cauteloso, porque las medias tintas no sirven para solucionarlo. Recurrir a «todas las opciones» energéticas, como el presidente estadounidense Barack Obama describe su enfoque de la cuestión, es una estrategia que tiene más o menos la misma probabilidad de éxito que recurrir a toda clase de dietas para adelgazar, y los estrictos plazos límite impuestos por la ciencia nos obligan ciertamente a que pongamos toda la carne en el asador.

Cuando planteo que la del cambio climático es una batalla entre el capitalismo y el planeta, no estoy diciendo nada que no sepamos ya. La batalla ya se está librando y, ahora mismo, el capitalismo la está ganando con holgura. La gana cada vez que se usa la necesidad de crecimiento económico como excusa para aplazar una vez más la muy necesaria acción contra el cambio climático, o para romper los compromisos de reducción de emisiones que ya se habían alcanzado. La gana cuando a los ciudadanos griegos se les dice que su única vía de salida a la crisis económica que sufren es abriendo sus hermosos mares a perforaciones petrolíferas y gasísticas de alto riesgo. La gana cuando se nos dice a los canadienses que la

única esperanza que tenemos de no terminar como Grecia es permitiendo que desuellen nuestros bosques boreales para acceder al betún semisólido que se encierra en las arenas bituminosas de Alberta. La gana cuando se aprueba la demolición de un parque en Estambul para dejar sitio a la construcción de un nuevo centro comercial. La gana cuando se les dice a los padres y madres de Pekín que enviar a sus hijos e hijas al colegio con mascarillas anticontaminación decoradas para que los pequeños parezcan lindos personajes de cómic infantil es un precio aceptable que hay que pagar por el progreso económico. La gana cada vez que aceptamos que las únicas opciones entre las que podemos elegir son todas malas sin excepción: austeridad o extracción, envenenamiento o pobreza.

El desafío, pues, no pasa simplemente por reconocer que necesitamos gastar mucho dinero y cambiar numerosas políticas, sino por convencernos de que tenemos que pensar de manera distinta (radicalmente distinta) para que todos esos cambios sean posibles, siquiera remotamente. La competencia salvaje entre naciones ha provocado un estancamiento durante décadas en las negociaciones de las Naciones Unidas sobre el clima: los países ricos se cierran en banda y declaran que no reducirán emisiones para no arriesgar su privilegiada posición en la jerarquía global; los países pobres declaran que no renunciarán a su derecho a contaminar tanto como lo hicieron los países ricos en su ascensión hacia la riqueza, aunque eso signifique agravar un desastre que daña a los más pobres más que a nadie. Para que algo de todo esto cambie, es preciso que arraigue y adquiera protagonismo una visión del mundo que no vea en la naturaleza, en las otras naciones o en nuestros vecinos a unos adversarios, sino más bien a unos socios colaboradores en un formidable proyecto de reinención mutua.

Esa es una gran tarea de por sí, pero continúa agrandándose por momentos. Por culpa de nuestros interminables retrasos, nos vemos ya en la necesidad de acometer esa descomunal transformación sin mayor demora. La Agencia Internacional de la Energía (AIE) advierte de que, si no logramos controlar nuestras emisiones antes del terriblemente cercano año 2017, nuestra economía basada en combustibles fósiles habrá convertido para entonces en «inevitable» un nivel de calentamiento sumamente peligroso. «La infraestructura energética instalada en ese momento generará el total de emisiones de CO₂ permitidas» en nuestro presupuesto de carbono para conseguir un objetivo de calentamiento de solo 2 °C, «lo que no dejará margen para la construcción de centrales eléctricas adicionales, ni de fábricas, ni de ninguna otra infraestructura que no sea de carbono cero, y eso resultará exorbitantemente costoso». Esa previsión da

por supuesto (de forma probablemente certera) que los Gobiernos nacionales serán reacios a forzar el cierre de unas centrales eléctricas y unas fábricas que les parecen aún rentables. Según las rotundas palabras del economista en jefe de la AIE, Fatih Birol, «la puerta para limitar el calentamiento a solo 2 °C está a punto de cerrarse. En 2017, se habrá cerrado para siempre». En definitiva, hemos alcanzado lo que algunos activistas han comenzado a llamar la «década cero» de la crisis climática: o cambiamos ahora, o perderemos nuestra oportunidad.²⁹

Todo esto significa que los habituales pronósticos con los que los defensores del liberalismo económico dominante intentan tranquilizarnos (¡hay un remedio tecnológico a la vuelta de la esquina!; el desarrollo sucio no es más que una fase en nuestra senda hacia un medio ambiente limpio: ¡fijémonos en el Londres decimonónico, si no!) no se sostienen de ningún modo. No disponemos de un siglo para esperar a que China y la India superen sus particulares fases dickensianas. Tras décadas perdidas, se nos acaba el tiempo para dar la vuelta a la situación. ¿Es posible? Desde luego. ¿Es posible sin poner en entredicho la lógica fundamental del capitalismo desregulado? Desde luego que no.

Una de las personas a las que conocí en el particular viaje que ha supuesto para mí la redacción de este libro y a quienes ustedes conocerán a lo largo de estas páginas es Henry Red Cloud («Nube Roja»), un educador y emprendedor lakota que forma a jóvenes nativos americanos para que se conviertan en ingenieros solares. Él dice a sus alumnos que hay ocasiones en las que debemos conformarnos con dar pequeños pasos hacia delante, pero que hay otras en las que «hay que trotar como un búfalo».³⁰ Ahora es uno de esos momentos en los que debemos correr.

PODER, NO SOLO ENERGÍA

Me sorprendió recientemente el mea culpa (si lo podemos llamar así) que entonó Gary Stix, un destacado miembro del personal editorial de la revista *Scientific American*. En 2006, fue responsable de la edición de un número especial sobre respuestas al cambio climático y, como en muchas iniciativas de ese estilo, los artículos se centraron exclusivamente en la exhibición de emocionantes tecnologías bajas en carbono. En 2012, sin embargo, Stix escribió que había pasado por alto entonces una parte mucho más amplia e importante de toda aquella historia: la necesidad de crear el contexto social y político en el que esas transformaciones tecnológicas pueden tener alguna probabilidad de reemplazar a un statu quo que con-

tinúa siendo demasiado rentable. «Si queremos afrontar el cambio climático mínimamente a fondo, las soluciones radicales en las que debemos centrarnos son las de la vertiente social. En comparación, la eficiencia relativa de la próxima generación de células fotoeléctricas es una cuestión bastante trivial.»³¹

Este libro trata de esos cambios radicales tanto en la faceta social, como en las facetas política, económica y cultural. No me interesa tanto la mecánica de la transición —la transición desde la energía marrón a la verde, o desde los automóviles de un solo pasajero al transporte público, o desde la expansión descontrolada de los «exurbios» a las ciudades densas y fáciles de transitar a pie— como el poder y los obstáculos ideológicos que han impedido hasta la fecha que ninguna de esas soluciones se afianzara en un grado mínimamente cercano al requerido.

Mi impresión es que nuestro problema tiene mucho menos que ver con la mecánica de la energía solar que con la política del poder humano y, más concretamente, con si puede haber variaciones en quién lo ejerce; variaciones que alejen ese poder de los intereses del gran capital y lo acerquen a las comunidades humanas, lo que, a su vez, depende de que el inmenso número de personas desfavorecidas por el sistema actual puedan construir una fuerza social suficientemente decidida y diversa como para cambiar el equilibrio de poder. Mientras investigaba para este libro, también me he terminado convenciendo de que esa variación nos obligará a replantearnos la naturaleza misma del poder de la humanidad: nuestro derecho a extraer más y más sin afrontar las consecuencias, nuestra capacidad para plegar sistemas naturales complejos a nuestra voluntad. Ese cambio implica un desafío no ya al capitalismo, sino también a los cimientos mismos del materialismo que precedió al capitalismo moderno; es decir, a una mentalidad que algunos denominan «extractivismo».

Y es que, bajo esa superficie, está la verdad real que hemos estado evitando todo este tiempo: el cambio climático no es un «problema» o una «cuestión» que añadir a la lista de cosas de las que nos hemos de preocupar, en el mismo plano que la sanidad o los impuestos. Es la alarma que nos despierta a la realidad de nuestro tiempo, es un poderoso mensaje —expresado en el lenguaje de los incendios, las inundaciones, las sequías y las extinciones de especies— que nos dice que necesitamos un modelo económico totalmente nuevo y una manera igualmente novedosa de compartir este planeta. Nos dice, en suma, que necesitamos evolucionar.

SALIR DEL ESTADO DE NEGACIÓN

Hay quien afirma que ya no queda tiempo para esa transformación, que la crisis es demasiado apremiante y el reloj no deja de correr. Estoy de acuerdo en que sería una insensatez propugnar que la única solución a esta crisis es la consistente en revolucionar nuestra economía y reformar nuestra cosmovisión de arriba abajo, y que todo lo que se quede corto en la consecución de esos objetivos no es digno ni siquiera de ser intentado. Existen medidas de todo tipo que reducirían las emisiones sustancialmente y que podríamos (y deberíamos) poner en práctica ya mismo. Pero el caso es que tampoco estamos aplicándolas, ¿verdad? La razón es que, al no librar esas grandes batallas por el cambio de nuestro rumbo ideológico y del equilibrio del poder en nuestras sociedades, se ha ido formando lentamente un contexto en el que toda respuesta vigorosa al cambio climático se nos antoja políticamente imposible, sobre todo, durante tiempos de crisis económica (que, últimamente, parecen no tener fin).

Así que este libro propone una estrategia diferente: pensar a lo grande, apuntar lejos y distanciar nuestro eje ideológico del sofocante fundamentalismo del mercado que se ha convertido en el mayor enemigo de la salud planetaria. Si podemos modificar el contexto cultural, aunque solo sea un poco, habrá algo de margen para esas otras políticas reformistas sensatas que, cuando menos, contribuirán a que las cifras de carbono atmosférico comiencen a evolucionar en la dirección correcta. Y la victoria es contagiosa, por lo que, ¿quién sabe? Quizá dentro de unos pocos años, algunas de las ideas destacadas en estas páginas que suenan radicalmente imposibles hoy en día —como la de una renta básica para todos y todas, o la reelaboración del derecho comercial, o el reconocimiento real de los derechos de los pueblos indígenas a proteger inmensas partes del mundo de la extracción contaminante— comiencen a parecer razonables o, incluso, esenciales.

Llevamos un cuarto de siglo intentando aplicar el enfoque del cambio gradual cortés y educado, intentando cuadrar las necesidades físicas del planeta con la necesidad de crecimiento constante y de nuevas oportunidades de negocio rentable que se deriva de nuestro modelo económico. Los resultados han sido desastrosos y nos han dejado a todos en una situación mucho más peligrosa que la que había cuando empezó este experimento.

Por supuesto, no existe garantía alguna de que un enfoque más sistémico reporte mayores éxitos, pero sí hay, como estudiaremos más adelante, precedentes históricos que nos invitan a tener motivos para la espe-

ranza. La verdad es que este es el libro más difícil que he escrito jamás, precisamente porque la investigación que he realizado para el mismo me ha llevado también a buscar esa clase de respuestas radicales. No albergo duda alguna sobre su necesidad, pero no hay un solo día en que deje de preguntarme a mí misma por su viabilidad política, sobre todo teniendo en cuenta el apretado e implacable plazo límite que el cambio climático nos impone.

También ha sido un libro más difícil de escribir para mí por razones personales.

Curiosamente, lo que más me ha afectado no han sido los aterradores estudios científicos sobre el derretimiento de los glaciares (aquellos que yo solía rehuir), sino los libros que leo a mi hijo de 2 años. *Looking for a Moose* («Buscamos un alce») es uno de mis favoritos. Trata de un grupo de pequeños que se mueren de ganas por ver un alce. Buscan por todas partes —en un bosque, en un pantano, en enzarzados matorrales y hasta en una montaña— «un alce de patas largas, nariz abultada y enramada cornamenta». La gracia está en que hay alces ocultos en cada página. Al final, todos los animales salen de sus escondites y los niños, extasiados, exclaman: «¡Nunca habíamos visto tantos alces!».

Una noche, al leérselo por 75^a vez, más o menos, una idea me asaltó: es posible que él nunca llegue a ver un alce. Traté de retener ese pensamiento. Volví a mi ordenador y comencé a escribir sobre el tiempo que pasé en el norte de Alberta, tierra de arenas bituminosas, donde miembros de la nación indígena cree del lago Beaver me contaron que el alce había cambiado. Una mujer me explicó que habían matado a uno en una expedición de caza y, al abrirlo, descubrieron que su carne se había vuelto verdosa. También me contaron la aparición en esos animales de extraños tumores que los lugareños atribuían a la costumbre de los alces de beber agua contaminada por las toxinas de las arenas bituminosas. Pero de lo que más oí hablar fue de que los alces parecían haber desaparecido.

Y no solo en Alberta. «Los rápidos cambios climáticos convierten los bosques septentrionales en cementerio de los alces», rezaba uno de los titulares del *Scientific American* de mayo de 2012. Y un año y medio después, el *New York Times* informó de que una de las dos poblaciones de alces de Minnesota existentes había descendido desde los cuatro mil individuos en la década de 1990 hasta apenas un centenar en la actualidad.³²

¿Llegará mi hijo a ver un alce en su vida?

Unos días más tarde, el impacto emocional me vino de uno de esos li-

bros pensados para niños pequeños, que traen unas pocas hojas de cartón grueso con llamativas ilustraciones. Me refero a uno que se titula *Snuggle Wuggle*. En él aparecen representados diferentes animales repartiendo abrazos, y a cada una de sus maneras de abrazar se le da un nombre ridículamente bobo: «¿Cómo abraza un murciélago?», pregunta en una de sus gruesas páginas de cartón. «*Topsy turvy, topsy turvy.*» No sé por qué, pero mi hijo siempre se muere de risa cuando oye esta respuesta. Yo le explico que eso significa «cabeza abajo» en inglés coloquial, porque así es como duermen los murciélagos.

Sin embargo, en esa ocasión en concreto, yo no pude pensar en otra cosa que en la noticia de los cien mil murciélagos muertos y moribundos que se habían precipitado al suelo desde los cielos de Queensland en medio del calor récord que se estaba registrando en varias zonas de ese estado australiano. Colonias enteras de esos animales, devastadas.³³

¿Llegará mi hijo a ver un murciélago algún día?

Supe que mi problema era ya bastante serio cuando, hace poco, me descubrí a mí misma suplicando por la vida de las estrellas de mar. Las especies de color rojo y morado de esta clase de animales son muy frecuentes en las rocosas costas de la Columbia Británica, donde viven mis padres, donde nació mi hijo y donde yo he pasado aproximadamente la mitad de mi vida. A los niños les encantan, porque, si se recogen con cuidado, se pueden observar detenidamente de cerca. «¡Este está siendo el mejor día de mi vida!», exclamó mi sobrina Miriam (que tiene 7 años y había venido de visita desde Chicago) tras una larga tarde entre las pozas y charcas que deja tras de sí la marea cuando baja.

Pero en otoño de 2013, empezaron a aparecer informaciones sobre una extraña enfermedad que estaba provocando la muerte por consunción de decenas de miles de estrellas de mar por toda la costa del Pacífico. Por culpa de ese peculiar mal, bautizado precisamente como el «síndrome de consunción de las estrellas de mar», múltiples especies de ese animal se estaban desintegrando vivas: los hasta entonces vigorosos cuerpos de las estrellas poco menos que se derretían hasta convertirse en pegotes informes; las extremidades terminaban separándose y los troncos cedían incapaces de sostenerse enteros. Los científicos estaban desconcertados.³⁴

Mientras leía esas noticias, empecé a rezar por que aquellos invertebrados aguantaran vivos un año más: el tiempo suficiente para que mi hijo tuviera la edad mínima para asombrarse de aquellos seres. Pero luego dudé: ¡tal vez es mejor que nunca vea una estrella de mar si ha de verla en semejante estado!

Antes, cuando esa clase de miedo lograba penetrar mi blindaje de ne-

gación del cambio climático, yo solía esforzarme al máximo por encerrarlo en un cuarto oscuro de mi memoria, cambiar de canal, olvidarlo zapeando.

Pero ¿qué deberíamos hacer en realidad con un miedo como el que nos provoca el hecho de vivir en un planeta que se muere, que se va haciendo menos vivo a cada día que pasa? En primer lugar, aceptar que el temor no se va a ir sin más y que es una respuesta perfectamente racional a la insoportable realidad de vivir en un mundo agonizante, un mundo que muchos de nosotros estamos contribuyendo a matar al practicar actividades y costumbres tan nuestras como hacer el té, ir en coche a hacer la compra diaria y, sí, reconozcámoslo, tener hijos.

A continuación, aprovecharlo. El miedo es una respuesta de supervivencia. El miedo nos impulsa a correr, a saltar; el miedo puede hacernos actuar como si fuéramos sobrehumanos. Pero tiene que haber un sitio *hacia el que* correr. Si no, el miedo solamente es paralizante. Así que el truco de verdad, la única esperanza, es dejar que el horror que nos produce la imagen de un futuro inhabitable se equilibre y se alivie con la perspectiva de construir algo mucho mejor que cualquiera de los escenarios que muchos de nosotros nos habíamos atrevido a imaginar hasta ahora.

Sí, perderemos algunas cosas, y algunos de nosotros tendremos que renunciar a ciertos lujos. Industrias enteras desaparecerán. Y ya es demasiado tarde para intentar evitar la llegada del cambio climático: está aquí, junto a nosotros, y nos encaminamos hacia desastres crecientemente brutales, hagamos lo que hagamos. Pero no es demasiado tarde aún para conjurar lo peor y queda tiempo todavía para que cambiemos a fin de que seamos mucho menos brutales los unos para con los otros cuando esos desastres nos azoten. Y eso, me parece a mí, merece mucho la pena.

Porque si alguna ventaja tiene una crisis así de grande y generalizada es que lo cambia todo. Cambia lo que podemos hacer, lo que podemos esperar, lo que podemos exigirnos de nosotros mismos y de nuestros líderes. Significa que muchas de las cosas que nos han dicho que eran inevitables simplemente no lo son. Y significa que muchas de las cosas que nos han dicho que eran imposibles tienen que empezar a ser realidad desde ya.

¿Podemos conseguirlo? Lo único que sé es que no hay nada inevitable. Nada, eso sí, excepto que el cambio climático lo transforma todo. Y, aunque solo sea durante un brevísimo tiempo en el futuro más inmediato, la naturaleza de ese cambio depende todavía de nosotros.